

## SIMONE DE BEAUVOIR: EL EXISTENCIALISMO FEMINISTA

“El opresor no sería tan fuerte si no tuviese cómplices entre los propios oprimidos.”  
Simone de Beauvoir.

**Simone de Beauvoir** (París, 1908-1986), compañera de **Sartre**, es la principal teórica del pensamiento **feminista**, expuesto en su conocido libro *El segundo sexo*. Además, fue una notable **novelista**. En su primera novela, *La invitada*, de 1943, indaga sobre cuestiones típicamente existencialistas como la **libertad**, la **responsabilidad** o la **acción**. Temas que también aparecen en sus siguientes novelas: *La sangre de los otros* y *Los mandarines* (premio **Goncourt**). En *La mujer rota* reúne tres narraciones sobre tres mujeres que se ven perjudicadas por sus respectivas relaciones de pareja. Otras obras: *La vejez*, *La ceremonia del adiós*, *Todos los hombres son mortales*, *Las bellas imágenes*.

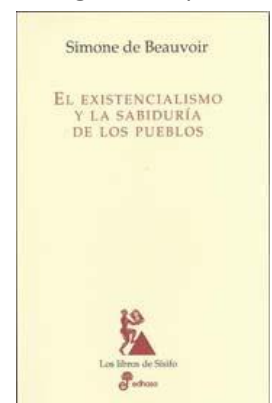
**Beauvoir** alimenta su producción literaria con elementos **autobiográficos**; en este sentido son dignas de mención tanto su excelente **autobiografía**, titulada *Memorias de una joven formal*, como el ensayo *Final de cuentas*, también autobiográfico, pero menos cronológico y más abierto a reflexiones y sensaciones. Otros libros autobiográficos: *La plenitud de la vida*, *La fuerza de las cosas*.

**Beauvoir** nació y vivió en **París**. Procedía de una familia burguesa y católica, estudió filosofía en la **Sorbona** y allí conoció a **Jean-Paul Sartre**, su compañero, su “pequeño castor”, como ella lo llamaba en su correspondencia. Ejerció como profesora en **Marsella** y **Ruán** y, tras su éxito como novelista, se consagró a la literatura, el feminismo y la filosofía existencialista.

Aquí vamos a comentar su libro *El existencialismo y la sabiduría de los pueblos* (Barcelona, Edhasa, 2009, presentación de **Michel Kail** y traducción de **Horacio Pons**), publicado en forma de volumen por primera vez en 1948 por la editorial parisina **Nagel**. En realidad, está formado por cuatro **artículos** de revista, editados en *Les Temps Modernes* entre 1945 y 1946, poco después de concluir la **Segunda Guerra Mundial** (1939-1945) antes de ser recopilados en volumen. En ellos se observa la influencia de **Sartre** y de la formulación que este consiguió en su famosa conferencia “**El existencialismo es un humanismo**”, que también se publicó en formato libro por aquellos mismos años. La **Beauvoir** realiza una defensa apasionada del **existencialismo** contra aquellos que acusan a la corriente filosófica de ser **pesimista**.

El primero de los artículos, “**El existencialismo y la sabiduría de los pueblos**”, da título a todo el volumen y va recogiendo refranes, sentencias, dichos populares y analizando la sabiduría popular en relación con la filosofía existencial que ella y **Sartre** predicaban. Se defiende de los que acusan al **existencialismo** de **miserabilismo**, **pesimismo**, **subjetivismo**... y dice que su filosofía exige **coraje**. Para los existencialistas, la condición fundamental del ser humano es la **paradoja**, su **libertad** de acción, aunque sea inevitable la maldad humana o su fracaso final. Pero el hombre siempre puede **elegir**. Siempre **en situación**, es decir, en un **contexto** espacio-temporal concreto.

Es por eso por lo que en el artículo cuarto, “**Ojo por ojo**”, **Beauvoir** justifica su decisión de no apoyar la petición de indulto para el escritor colaboracionista **Robert Brasillach**, que fue condenado a muerte al finalizar la **Ocupación** alemana. **Brasillach** ejerció su libertad en una situación específica y debía por tanto asumir la responsabilidad de sus acciones como, en efecto, hizo. En 1945 un tribunal condenó a muerte a **Brasillach** como enemigo del pueblo francés. Intelectuales como **Jean Anouilh**, **Marcel Aymé** y **François Mauriac** iniciaron una campaña para pedir el **indulto** del acusado, algunos como **Camus** sí firmaron, pero **Simone** se negó a hacerlo y, según dice, nunca se arrepintió.



La filósofa distingue entre el **castigo** y el **odio**, entre la **sanción** y la **venganza**. Reconoce que hubo torpezas en la **depuración** que siguió al periodo bélico, pero considera que el mal absoluto “es la degradación del hombre en cosa”, y eso fue lo que hicieron los nazis: transformar en objetos a sus enemigos, cosificarlos. El **odio** y la **venganza** buscan una reparación imposible, conducen al fracaso. Pero el **castigo**, fruto de la **justicia social**, y la ejecución del **veredicto** justo son necesarios para restaurar la vida comunitaria de un modo coherente.

**Simone de Beauvoir** decidió no firmar, porque “**comprendió**” a **Brasillach**, quien durante el proceso se mostró muy seguro de lo que había hecho y de sus razones para actuar, pero...Comprender no significa excusar. Cada persona elige en situación —**Brasillach** lo hizo— y debe ser coherente con sus elecciones.

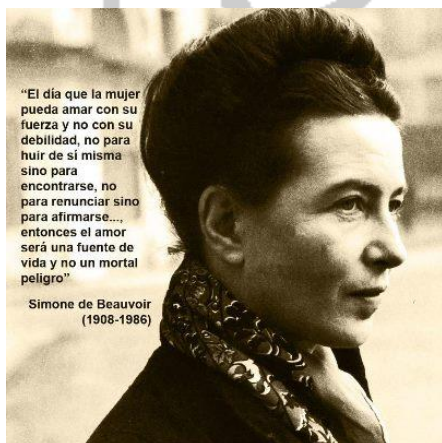
## Algunos fragmentos

### — Política y moral

“La moral no es otra cosa que la acción concreta misma, en cuanto procura justificarse”.

“Detrás de la política más limitada, más obstinada, siempre se oculta una ética” (“**El existencialismo y la sabiduría de los pueblos**”, p. 23).

### — El existencialismo como filosofía



“La mayoría de los hombres se pasan la vida aplastados por el peso de trivialidades que los sofocan. Si sólo se decidieran a tomar clara conciencia de su situación en el mundo, encontrarían el acuerdo consigo mismos y con la realidad.

Hay algunos ámbitos en que los hombres de nuestros días hacen un esfuerzo decisivo en pos de la sinceridad. Nadie negará que, mediante esa actitud, han realizado importantes conquistas. Gracias al psicoanálisis, la hipocresía sexual se ha disipado en parte; al tomar como un hecho la existencia de ciertos instintos, el psicoanálisis niega todo sentido a las expresiones: la naturaleza humana es perversa, la naturaleza humana es inocente y buena; el hombre puede mirar dentro de sí sin timidez; nada de lo que encuentre es monstruoso, porque la moral sexual se construye más

allá de las tendencias y los complejos que constituyen su temperamento particular; no hay ningún estado de equilibrio o de salud que sea moral por sí mismo; no hay ninguna singularidad que sea inmoral. En ese plano, se empieza a admitir que la moral no es el privilegio de ningún hombre en especial, y que todos pueden conquistarla.

Tras la guerra de 1914-1918 se ha visto aparecer también una concepción del coraje muy distinta de la de siglos pasados. Sin duda siempre se citó con respeto la frase de Turenne: «Tiembblas, osamenta», pero antaño había que ser Turenne para permitírsela. El miedo parecía cosa de cobardes, todo militar era un héroe de carrera y un héroe se reía de las balas y los obuses. Ese tópico se exhibió en todo su brillo en 1914. Pero a continuación, las generaciones que en Francia, en Inglaterra y en Norteamérica alimentaban un odio profundo contra la guerra se atrevieron a tratar sin miramientos las virtudes bélicas; los combatientes de 1940 eran más lúcidos que entusiastas; al convertirse en soldados, seguían siendo



hombres; si el coraje, en su opinión, tenía algún valor, era como virtud humana y no como virtud militar. Y eso es lo que hace tan conmovedores tantos testimonios ingleses, franceses, norteamericanos; esos jóvenes paracaidistas, esos aviadores, esos infantes, no aspiran a lo que antaño se llamaba heroísmo; nos dicen que el corazón les latía más rápido, que se les hacía un nudo en la garganta, que tenían miedo. Y contra el miedo hicieron, con simpleza, lo que tenían que hacer. Sabían en cada oportunidad que la partida no estaba ganada, que al día siguiente volverían a tener miedo, que corrían el riesgo de rendirse a las urgencias del cuerpo y de tener que despreciarse por ello, pero también sabían que sólo a ellos correspondía superar sus angustias.

El valor de esos ejemplos radica en que no permiten a nadie declararse irremediamente cobarde, y en que evitan al hombre la desilusión y el «achicamiento» que constituyen la contrapartida de las mentiras demasiado fáciles. Pero nos conmueven sobre todo porque vemos en ellos la plena asunción de la condición humana: y nos parece que, al asumirse, ésta se justifica. Esa es precisamente la meta a la que apunta en general el existencialismo: evitar al hombre las decepciones y los enojos taciturnos que ocasiona el culto de los falsos ídolos. El existencialismo quiere convencerlo de ser auténticamente un hombre, y afirma el valor de ese logro. Una filosofía semejante puede rechazar audazmente los consuelos de la mentira y la resignación: deposita su confianza en los hombres.” (Ídem, pp. 56-58)

### — Moral y política, 2: idealismo versus pragmatismo

“El drama de Antígona, quien, contra las leyes humanas de Créonte, afirma las leyes divinas inscritas en su corazón, aparece como el antiguo símbolo de un conflicto aún actual. Antígona es el prototipo de esos moralistas intransigentes que, desdeñosos de los bienes terrenales, proclaman la necesidad de ciertos principios eternos y se obstinan a toda costa -aunque sea a costa de su vida e incluso de la de los otros- en preservar la pureza de su conciencia. En Créonte se encarna el político realista sólo atento a los intereses de la ciudad y resuelto a defenderlos por cualquier medio. Ese conflicto se perpetuó a través de la historia, sin que ninguna de las dos partes fuera capaz de convencer a la otra: cada una de ellas está encerrada en su propio sistema de valores, en nombre de los cuales niega los del adversario. El realista se jacta en vano de la eficacia de sus métodos y de la utilidad de los resultados alcanzados; a los ojos de los moralistas exclusivamente afectos a los principios eternos, su acción parece siempre fútil, indiferente; sean cuales fueren los éxitos de que se vanaglorie, el político es incapaz de alcanzar el verdadero bien; el nacimiento y el derrumbe de los imperios, el descubrimiento de nuevas tierras, la invención de las máquinas, la multiplicación de la especie humana, de las ciudades, de las fábricas, no quebrantan el menosprecio altivo del alma consagrada al culto de la virtud. Pero el moralista reprocha en vano al hombre de acción las culpas que lo mancillan y la futilidad de sus metas; este último considera incondicionalmente deseables los fines que persigue y sabe que en este mundo suyo, pese a las fábulas edificantes para uso de los niños, la virtud es mal recompensada; lo que gobierna es la fuerza, y los discursos morales no son para él otra cosa que vana palabrería, y los escrúpulos, una debilidad táctica.

Esta dualidad se fundó durante mucho tiempo en la creencia del hombre de pertenecer a dos mundos a la vez. En la época de Antígona, el griego se veía como hijo de la ciudad, pero también como descendiente de las larvas ancestrales; habitante de la tierra, era al mismo tiempo futuro huésped de los infiernos. Debía obediencia a los gobiernos terrenales y a las potencias subterráneas, y esto lo obligaba a veces a elegir entre dos órdenes de valores inconciliables; entre Antígona, fiel al culto de los muertos, y Creonte, dedicado al futuro de Tebas, no es posible entendimiento alguno. En la Edad Media, el cristiano pertenecía al reino de Dios y a su siglo, y generalmente había conflicto entre sus intereses espirituales y sus intereses temporales; si deseaba verdaderamente salvar el alma, lo más prudente era renunciar a este mundo; si se consagraba a empresas terrenales, aceptaba con audacia pecar, sin perjuicio de redimir sus pecados mediante la penitencia” (“Idealismo moral y realismo político”, pp. 59-61).



## — El bien y el mal

“Sucede que el bien y el mal no son nociones abstractas. Sólo se identifica en los actos buenos o malos realizados por los hombres” (“Literatura y metafísica”, p. 115.)

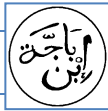
## — Venganza y sanción

“La venganza es una relación interindividual y concreta como la lucha, el amor, la tortura, el asesinato o la amistad; debe asumir su verdadera naturaleza y no buscar justificaciones universales. Si el Ku Klux Klan o los «Vigilantes» nos indignan, es, en la misma medida que por su crueldad, por la arrogancia tranquila con la que deciden el crimen y el castigo. Y aun en el caso en que la venganza tiene el carácter más auténtico, ¿cómo estar seguros de que el vengador no se deja llevar por esa voluntad de poder que dormita en todo hombre? El odio puede no ser más que un pretexto; para borrar un escándalo, se pone de manifiesto otro en el mundo. La venganza exige otra venganza, el mal engendra el mal y las injusticias se suman sin destruirse unas a otras.

Por eso la sociedad no autoriza la venganza privada. Sólo la admite a título de excepción y nunca le otorga legitimación oficial. Una vez lograda la Liberación, una severa ordenanza prohibió las violencias individuales. Según sus disposiciones, la responsabilidad de castigar queda a cargo de organismos especiales; la noción de venganza es reemplazada por la de sanción, elevada a la altura de una institución y desconectada de sus fundamentos pasionales: se declara que hay que castigar sin odio, en nombre de principios universales. Si la venganza conduce fatalmente a un fracaso, ¿será la justicia social más afortunada?

No se procura aquí restablecer una imposible reciprocidad. Tolerada como método policial, la tortura física no tiene cabida entre las sanciones: cárcel, trabajos forzados, degradación, indignidad nacional, muerte; todos estos castigos tienen un mismo carácter: tienden a erradicar al culpable de la sociedad. Los jueces se apartan de un pasado que saben fuera de su alcance: en verdad, es tan imposible vengar a los muertos como resucitarlos; el punto de mira de los jueces es el porvenir. Quieren restaurar una comunidad humana conforme a la idea que ésta se ha forjado de sí misma, y mantener los valores que el crimen ha negado. Rechazan en el presente, para el futuro, en nombre de la sociedad entera, esa culpa que no se puede borrar. Pero ese rechazo no podría consistir en una mera manifestación verbal: nada más irrisorio que las protestas impotentes de las democracias, antes de 1939, contra crímenes demasiado reales; debe expresarse con actos. La sociedad expulsa solemnemente de su seno al hombre que carga con la responsabilidad de las culpas que ella repudia y, cuando éstas han sido particularmente graves, hay una sola pena con el peso suficiente para contrarrestarlas: la muerte. La pena capital no se presenta aquí como si la exigiera una ley del talión que la justicia organizada no reconoce: por lo demás, ni Brasillach, ni Pétain, ni Laval mataron ellos mismos; sin embargo, la muerte es el único acontecimiento capaz de expresar la violencia de ciertos rechazos. Todo el aparato del proceso está destinado a revestir la sentencia del poder expresivo más grande posible. Y, desde luego, la ejecución debe seguir al veredicto, que no sería, de lo contrario, más que una comedia verbal. Pero el veredicto cuenta más que la ejecución, y lo importante es la voluntad de matar al culpable, más que su muerte misma. A tal punto que en el proceso de Pétain se consideró plausible afirmar esa voluntad en un plano, separándola de sus consecuencias concretas, y condenar a muerte al mariscal con la intención confesa de perdonarle la vida.

Este caso extremo muestra cuán alejada está la idea de sanción de la idea de venganza; en esta última, el hombre y el criminal se confunden en la realidad concreta de una única libertad. Al distinguir en Pétain al traidor y el anciano y condenar a uno e indultar a otro, el Tribunal Supremo no hace sino manifestar hasta las últimas consecuencias una de las tendencias de la justicia social: no considera al culpable en la totalidad de su persona, no libra una lucha metafísica con una libre conciencia aprisionada en un cuerpo de carne y hueso, y lo condena, en cambio, como sustrato y reflejo de ciertos malos actos. El castigo toma entonces la apariencia de una manifestación simbólica y el condenado no dista de aparecer como una víctima expiatoria, pues, en definitiva, quien va a sentir en su conciencia y su carne una pena



destinada a esa realidad social y abstracta es un hombre: el culpable. La disociación es tanto más sobrecogedora cuanto mayor es la distancia temporal que separa al acusado de sus crímenes: lo vemos entonces como si no fuera el mismo que los ha cometido.” (“Ojo por ojo”, pp. 132-135)

### — Crimen y castigo

“Así, en la persona de los jueces, como en la de los acusados, toda tentativa de contrarrestar ese acontecimiento absoluto que es un crimen manifiesta la ambigüedad de la condición del hombre, que es a la vez libertad y cosa, unidad y dispersión, un hombre aislado por su subjetividad y, sin embargo, coexistente en el seno del mundo con los otros hombres. Y por eso todo castigo conlleva una parte de fracaso. Pero al igual que el odio y la venganza, el amor y la acción implican siempre un fracaso, y ello no debe impedirnos amar y actuar, pues no sólo tenemos que constatar nuestra condición, sino, en el marco mismo de su ambigüedad, elegirla. Bastante sabemos, hoy, que es preciso renunciar a considerar la venganza como la reconquista serena de un orden razonable y justo. Y sin embargo, debemos aún aspirar al castigo de los auténticos criminales. Pues castigar es reconocer que el hombre es libre tanto en el mal como en el bien, es distinguir el mal del bien en el uso que el hombre hace de su libertad, y es querer el bien.” (Ídem, pp. 150-151).